

Académico Fernando Ocaranza

Hugo Aréchiga Urtuzuástegui*

A la entrada al vestíbulo de nuestra Academia, hay un óleo de Daniel del Valle que ilustra una sesión imaginaria, en la cual Fernando Ocaranza, auxiliado por su joven colaborador, José Joaquín Izquierdo, realiza un experimento de fisiología ante los académicos. El cuadro data de 1923, cuando Ocaranza, siendo médico general estaba en el ápice de su carrera. Ingresó a la Academia en 1916, asumiría la presidencia de la Corporación en 1924. En una década, había pasado de ser un desconocido médico del ejército federal en el estado de Sonora, a líder de la medicina científica del país. Su tesis fundamental había sido centrar la enseñanza y la práctica médicas en el pensamiento fisiológico. Uno de sus alumnos, Ignacio Chávez, al escribir el obituario de Ocaranza, en 1965, sintetizaría su postura intelectual en términos de apotegma: "la medicina clínica será fisiológica o no será medicina".

Colocado en un parteaguas en el desarrollo de nuestra medicina, cumplió a plenitud con su responsabilidad histórica. Sus alumnos fundaron las especialidades en México. Se inició como fisiólogo cuando no los había en el país, sus alumnos fundaron una Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas, que cuenta ahora con centenares de integrantes dedicados tiempo completo a la investigación y cuyos fundadores fueron sus alumnos.

Fue el último de los grandes autodidactas de la fisiología en México. No se le conoce mentor alguno. Jamás asistió como estudiante a ningún centro de investigación nacional o extranjero. Su época escolar había transcurrido en la Facultad de Medicina, a finales del siglo pasado, cuando la

cátedra de fisiología ni siquiera contaba con local propio; desde luego, se carecía de equipo de laboratorio. Fue a principios del siglo, que llegaron los primeros aparatos de fisiología, por cierto no pedidos por profesores de la Facultad, sino por investigadores del Instituto Médico Nacional. Pero tampoco hubiera podido Ocaranza tener acceso a ese equipo, ya que a poco de graduarse, en 1900, se incorporó al ejército federal y fue enviado a prestar servicios médicos al entonces lejano estado de Sonora, de donde regresó en 1914. En una de las decisiones más afortunadas tomadas por el doctor Angel Hidalgo, director de la Facultad de Medicina, luego de considerar otras posibles comisiones, lo nombró catedrático de fisiología en 1915. Para entonces había pasado la gloria de esta disciplina en la Universidad. El crepúsculo del porfiriato parecía haber sido también el de la fisiología en México. Vacante estaba la cátedra que había dado el primer libro de texto escrito en el nuevo mundo, misma que había sido ocupada por líderes de la distinción de Manuel Carpio, Ignacio Alvarado, Francisco Ortega, Manuel Carmona y Valle, Porfirio Parra, y otros miembros de una pléyade, que desde 1833 había honrado a la facultad de medicina. La medicina misma parecía haber cambiado. El pensamiento imperante a la sazón era más bien de tipo anatómico, y en todo caso, el fundamento era la clínica francesa, encabezada por José Terrés.

Eran tiempos poco afortunados para la investigación biomédica. En 1915 había sido clausurado el Instituto Médico Nacional y sus pocos investigadores estaban dispersos. Para

* Académico Numeraria

Ocaranza, el hundirse en los textos de fisiología para cumplir los deberes de su nuevo magisterio, debe haber sido como una revelación. El abreviar en el pensamiento de Magendie, Bernard, Brown Sequard, Muier, Ludwig y las grandes luminarias de la fisiología europea cambió su vida y transformó a nuestra medicina. Lo esperaban años de noviciado, de ser a la vez estudiante y maestro. Busca el consejo de profesores mas antiguos, como Daniel Vergara Lope y Manuel Uribe y Troncoso, autores de algunas de las escasas contribuciones de mexicanos a la fisiología de principios de siglo; pero sobre todo, se asocia con sus pares y con sus alumnos. Entre los primeros, comparte inquietudes intelectuales con Eliseo Ramírez e Isaac Ochoterena; el primero, uno de los investigadores médicos mas originales surgidos en nuestro país; el segundo, pionero de la biología mexicana y maestro de muchas generaciones de biólogos en el país. Con ellos, Ocaranza crea la Sociedad Mexicana de Biología y deviene en investigador. Monta un laboratorio en la propia Escuela de Medicina y otro en el Instituto de Biología General y Médica, con materiales del desaparecido Instituto Médico Nacional. Se le plantea un problema propio del altiplano mexicano. El aumento de la cantidad de glóbulos rojos en los habitantes de las altas planicies, como el valle de México. Desecha la explicación en boga, de considerarla un fenómeno pasivo, de plétora sanguínea y propone un mecanismo activo, que con el tiempo será confirmado.

Su curiosidad lo lleva a espigar en muy distintos temas. Uno de ellos, el metabolismo de las proteínas, que es el que aborda en su trabajo de ingreso a la Academia Nacional de Medicina, que presenta con el título de "El ciclo de los protéicos". Como muestra de que el camino de los pioneros suele ser escabroso, recordemos la frialdad con que fue recibido entre los académicos este trabajo primigenio. El Comité integrado por José Terrés, Gonzalo Castañeda y Everardo Landa, no encontró en esa memoria "ideas originales, sino débiles razonamientos en pro o en contra de experiencias ajenas" y mucho menos alguna circunstancia que exhibiera al doctor Ocaranza como investigador. Pese a las muchas limitaciones que le encuentran, concluyen generosamente que "aunque la memoria aludida no reúne las bondades y requisitos

indispensables en un trabajo científico.... el doctor Ocaranza es persona de mérito reconocido y de conducta irreprochable.." y deciden proponer su aceptación como miembro de la Academia. Ocaranza continuará haciendo fisiología y a lo largo de más de veinte años, dedicará su atención al funcionamiento gástrico, la hematología y la endocrinología, entre otras áreas.

Pero el laboratorio no alcanza a colmar todas sus aspiraciones. Desarrolla también una vigorosa vocación docente. Decide transformar la enseñanza de la fisiología. Para alejarla del verbalismo imperante, propone un cambio en el programa, fortaleciendo el papel del laboratorio. Desde luego, su plan fue rechazado por el cuerpo docente, por encontrarlo "elevado para la mentalidad de los alumnos". Ello no lo desalienta, y primero como Secretario de la Facultad y luego como su Director en 1924, termina imponiendo su plan y la fisiología se convierte en el eje de los estudios médicos; pero no sólo en la cátedra, sino también en el ejercicio profesional. Por fortuna, no está solo en la tarea, colegas suyos como Manuel Gea González, Gastón Melo y Francisco de P. Miranda, entre otros, y alumnos como Luis Méndez y Raoul Fournier, lo acompañan en la cruzada. Ocaranza deviene en el expositor más lúcido y vigoroso de los postulados de la medicina científica de Claude Bernard. El cuadro de la Academia al que hice alusión, representa el triunfo de una década de esfuerzo y de liderazgo.

Pero por gran capacidad persuasiva que Ocaranza hubiera tenido con sus pares, su influencia hubiera sido efímera. Para perdurar, debía trascender a las siguientes generaciones. Aquí se manifiesta una de las virtudes mas elevadas de Ocaranza. Su habilidad para reconocer el talento de los jóvenes, de incorporarlos a su credo y de propiciar su desarrollo. Pronto se congregan a su alrededor individuos de la talla de Ignacio González Guzmán, José Joaquín Izquierdo, Teófilo Ortiz Ramírez, Xavier Palacios Macedo, Clemente Robles, Arturo Rosenblueth, Gerardo Varela, Anastasio Vergara, Conrado Zuckerman y tantos otros, que podemos decir que los forjadores de la medicina moderna de México, fueron sus alumnos. Imbuje en ellos el apego al método científico, el respeto por la investigación y el deseo de superarse. Antes de Ocaranza, era excepcional

que nuestros líderes académicos culminaran su formación en instituciones extranjeras. Después de Ocaranza, lo excepcional es que no lo hagan. Desde luego, esa fue la regla entre los alumnos directos de Ocaranza. A algunos de ellos, él mismo se encargó de gestionar su salida a prepararse fuera del país.

La actividad que despliega Ocaranza en esa década cubre un amplio espacio intelectual, desde el estudio y la investigación de fenómenos biológicos a la práctica clínica, la docencia en la Universidad Nacional de México y en la Escuela Médico Militar, y la actividad asistencial, la práctica médica privada y los estudios sobre historia.

Entre 1924 y 1934, dedica buena parte de su energía al servicio de la Universidad. Durante ocho años continuos es Director de la Facultad de Medicina, puesto al que luego vuelve por un breve lapso, antes de asumir la Rectoría de la Universidad. Su labor institucional se desenvuelve en una de las épocas más convulsas de la vida universitaria del país. Aunque enfrenta los problemas con gallardía, honradez y profundo espíritu universitario, su apreciación de esta etapa de su vida queda resumida en el título del libro en que narra los acontecimientos del tiempo: "La Tragedia de un Rector".

Luego de concluir su etapa de dirigente institucional, regresó a su cátedra de fisiología, que profesó con distinción durante muchos años más. No volvió a la investigación. Comprendió que su tiempo había pasado. Era ya la época de sus alumnos. Con discreción y nobleza les dejó el campo. Supo llegar en el momento oportuno, asumió un liderazgo que de manera natural recayó en él, y pudo luego retirarse de la vida colegiada científica y aún médica, pero nunca de la labor académica, que cultivó hasta el final.

En las últimas décadas de su vida, se dedica a plenitud a una de sus aficiones juveniles, la historia. Cubrió con esmero la época colonial en el occidente de México, la guerra de Reforma, produjo un visión original de la vida de Benito Juárez. Siempre educador, dedicó hermosas páginas al

Imperial Colegio de Santa Cruz de Santiago Tlatelolco, y al final de su vida, a los trabajos de la orden franciscana. La valía de sus contribuciones le mereció ingresar a la Academia Mexicana de la Historia, cuyo sitio número 6 ocupó hasta su muerte.

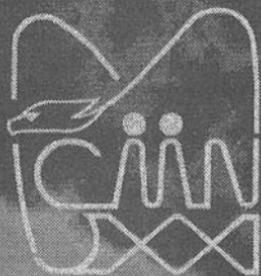
Al fundarse la Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas, la primera directiva quedó integrada por los entonces líderes de esas disciplinas. Todos ellos alumnos de Ocaranza, quienes lo invitan como miembro fundador y le conceden un lugar de honor en el primer congreso de esa agrupación, en 1958.

No fue esa la única distinción. En 1954, la Academia Nacional de Medicina lo había elevado al rango de miembro honorario, el más alto que otorga, reservado para los grandes maestros de nuestra medicina.

Es e el Fernando Ocaranza que conocemos ahora. Su legado, conserva plena vigencia. La medicina mexicana ha discurrido por los cauces científicos que Ocaranza le anticipó. La fisiología es ahora una disciplina seminal, de la que han surgido la bioquímica, la biofísica, las biomatemáticas, y más recientemente, las neurociencias. Se ha debilitado quizá la pasión por los aspectos integrativos que Ocaranza tanto defendió. Pero estoy cierto de que ello sólo refleja un estancamiento transitorio en nuestra capacidad de analizarlos y de ponerlos al servicio de la práctica médica.

La figura de Ocaranza, como la de todo líder genuino, crece con el tiempo. Figura transicional en nuestra medicina, fue producto de un ambiente que luego contribuyó a transformar. El México moderno es obra de hombres como él, que supieron encontrar el camino de nuestro desarrollo y tuvieron la visión y la energía para impulsar el movimiento en esa dirección. Por ello resulta muy grato el reconocer que la actual generación de médicos mexicanos, transita por los caminos abiertos por Ocaranza y sus alumnos, que nuestra raíz profesional se remonta de manera directa hasta él, y nuestra aspiración de hoy, no es otra que seguir avanzando en la dirección que él anticipó.

CENTRO MEDICO NACIONAL SXXI
HOSPITAL DE PEDIATRIA
INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL



XVI JORNADAS
DE INVESTIGACION

IV REUNION
ACADEMICA

III REUNION
DE ENFERMERIA

11 AL 15 DE MARZO DE 1996